

¿ qué sería ver la frente
á cualquier hora del día,
de aquel astro reluciente
de San Luis, en fin, sonriente
reflejando la alegría ?

¿ Y qué irá á ser, Dios del cielo,
de ese candor, de esa calma ?
¡ Ay ! pronto alzará su vuelo :
que no nació para el suelo,
tan embelesadora alma.

¿ Puede, sin marchar su frente,
crecer un lirio inocente
que arraiga en árida tierra ?
¡ oh, no ! sus pétalos cierra
y se doblega doliente.

Más á Luis cuida amoroso
un ángel del mismo cielo,
y lo defiende piadoso
del aliento ponzoñoso
que se desprende del suelo.

Y ha de conservar constante
de Luis el puro candor ;
pues conserva el Creador
entre el carbón el diamante ;
entre las zarzas, la flor.

EDUARDO SALAZAR

EN FAMILIA

(EN CASA DE LOS PADRES SALESIANOS PARA FESTEJAR AL R. P.
SUPERIOR)

Señores :

Con viva complacencia vengo á tomar parte en esta
fiesta, que me es doblemente simpática, porque se celebra

en el seno de esta benéfica Congregación y porque está destinada á festejar al digno Superior de esta Casa, al R. P. Antonio Aime, el amigo de todos, el que para todos tiene una palabra de simpatía, una sonrisa de consuelo, un apretón de manos en que se revela la virtud efusiva de su corazón. El P. Aime es de esos hombres que cautivan la voluntad con el solo atractivo de su fisonomía y que saben conservar el hechizo que ejercen sobre cuantos se les aproximan, por el influjo de su inteligencia, de su bondad, de su criterio amplio y sereno, de su carácter comunicativo. El P. Aime es un digno representante de la Congregación Salesiana, que tantos méritos ha adquirido y tantas simpatías ha conquistado durante su permanencia entre nosotros. Fiel hijo de Don Bosco, se afana, en unión de sus hermanos, por conquistar el cielo con el ejercicio de las buenas obras, por embellecer la vida de los jóvenes confiados á su cuidado, con el cultivo de las artes, y difunde en derredor de esta casa el perfume reconfortante de las virtudes cristianas.

Difíciles fueron los primeros pasos de la Congregación Salesiana en nuestro país, aunque desde el principio contó con la protección del Gobierno y la simpatía de los buenos. Pero ninguna obra importante y que se refiera á grandes intereses sociales logra arraigarse sin suscitar contra sí la animosidad de los espíritus díscolos, el odio de los mal intencionados y aun la suspicacia de los ignorantes. Pero á medida que los Padres Salesianos pudieron darse á conocer tales como son, esto es, como amigos y benefactores de las clases humildes y laboriosas, como obreros del progreso, como apóstoles de la caridad, como ardientes patriotas, aunque muchos de ellos hayan nacido en la dulce Italia, el movimiento de simpatía ha ido creciendo hasta llegar á ser unánime, y hoy no es temerario fantasear para un porvenir no muy lejano, un desarrollo tan grande de este Instituto, que logremos ver, en el lugar que hoy ocupa este vetusto y antiestético claustro, un elegante edificio moderno, y en vez de la modesta iglesia vecina, una her-

mosa basilica, donde impere la Virgen del Carmen, colocada, no en el viejo camarín que le dedicaron las religiosas que hace siglos elevaron estos muros, sino en regio trono, desde el cual presida á los barrios circunvecinos que parecen agruparse buscando la sombra del templo. Y á este movimiento de progreso imprime dirección el P. Aime, á quien ha tocado presidir la Congregación en época que se anuncia como fecunda; y lo hace con un entusiasmo igual al tino que distingue todos sus actos. Su corazón de sacerdote busca amparo en María Auxiliadora, dulce devoción salesiana; pero lucha como hombre, con las armas del mundo, sin perderse en estériles divagaciones, ni adormecerse en brazos de la ciega confianza: marcha adelante, sabiendo á dónde va, y los medios indispensables para coronar la altura.

Gran fortuna para el país ha sido la venida de los Padres Salesianos; porque á ninguna sociedad le está de más el recibir en su seno á hombres que practican la caridad en su forma más heroica, en aquella que subyuga aun á los espíritus más rebeldes á la influencia cristiana. ¿Quién podrá olvidar en Colombia la memoria del Padre Unia, que llevará eternamente, en nuestros fastos religiosos, el nombre de Apóstol de los leprosos, como lleva San Pedro Claver el título de Apóstol de los negros? ¿Quién olvidará la indomable constancia, la actividad sin ejemplo del Padre Rabagliati, espíritu de conquistador, digno de haber figurado en la primera Cruzada al lado de Pedro el Ermitaño? Y ahora mismo, ¿de dónde viene el Superior á quien se dedica esta fiesta? ¿Viene acaso de un viaje de recreo, por sitios salubres y deleitosos, donde la naturaleza tropical ostenta sus hechizos y la civilización ha fabricado cómodo retiro al hombre? No; viene, risueño y alegre como lo veis, de la ciudad doliente, donde se hacinan los cuerpos atormentados que el Rey de los espantos marcó con su sello de destrucción; ha hecho visita de padre á seres que no tienen otros lazos con él que la común herencia de

Adán y el haber sido redimidos con la misma sangre de Cristo.

Pero fuera de este beneficio invaluable, del grande ejemplo que dan á esta sociedad, profundamente cristiana, pero que necesita de vigorosos estímulos para moverse, para convertir en hecho el buen deseo, los Salesianos prestan á nuestro pueblo eficaces servicios, en otra esfera de actividad, educando á la juventud para el cultivo de las artes é infundiendo en ella el sentimiento estético, que nace espontáneo en los que han visto la luz bajo el cielo azul de Italia. ¿Y cómo no han de tener corazón de artistas los que han recibido el agua del bautismo en Bautisterios como los de Pisa ó de Florencia, los que han aprendido á orar bajo las bóvedas del *Duomo* de Milán, de la basílica oriental de San Marcos, ó en el recinto majestuoso de San Pedro, á los acordes de la música de Palestrina; los que conocen desde niños los rostros adorables de las Madonas del Beato Angélico y de Perugino y la divina hermosura maternal de la Virgen de la Silla; los que aprenden los principios de la arquitectura civil contemplando los mármóreos palacios de los antiguos príncipes, de los grandes ciudadanos de las repúblicas itálicas; los que reconstruyen la antigüedad, sentados en las graderas del Coliseo ó recorriendo el recinto, salpicado de ruinosos monumentos, del Foro Romano; los que pueden admirar en las calles las maravillas del cincel de Benvenuto Cellini, de Donatello y de Verrocchio, y aún en la morada de los muertos, pueden apacentar sus miradas en el bosque de mármoles del cementerio de Génova ó en la severa majestad del Camposanto de Pisa? ¡Tierra feliz, predilecta de las Musas y las Gracias, que ha sido y seguirá siendo uno de los polos del pensamiento humano!

Espíritus frívolos piensan que las bellas artes son adorno inútil, de que no deben preocuparse los pueblos que aspiren al poder, á la grandeza material. Error profundo, de que no participan, en términos absolutos, ni aun los

misimos americanos del Norte, los que, si por sus condiciones nativas se sienten atraídos por lo sólido, lo cómodo, lo inmenso, más que por lo bello, no por eso desconocen el valor de ciertas fruiciones del espíritu, y entregan gustosos sus millones á cambio de poder trasladar á su territorio las obras maestras del arte europeo. No se concibe una nación verdaderamente grande, sin desarrollo artístico; sólo ciertos pueblos que han pasado por la tierra cumpliendo una misión de destrucción y de estrago, han desaparecido sin dejar alguna huella que revele al ojo estudioso del investigador y del viajero, una concepción estética, por rudimentaria que sea, un anhelo por levantarse á la esfera de lo ideal.

Precisamente en los grandes momentos de la civilización, es cuando el arte ha tenido un cultivo más amplio, y se ha extendido á todas las esferas de la actividad humana, dignificando oficios humildes y convirtiendo en obras maestras aun los utensilios ordinarios de la vida. En la época del Renacimiento, cuando la humanidad tuvo una más amplia revelación de la belleza, el ingenio se ejercitó no sólo en trazar las líneas de los grandes edificios, en cubrir de frescos los muros y en arrancar de los bloques de mármol estatuas dignas del cincel antiguo, sino que tuvo savia suficiente para embellecer las obras de los orfebres, de los plateros; para hacer de las puertas de bronce del Bautisterio de Florencia, las puertas del Paraíso, según la expresión de Miguel Angel. Entonces Benvenuto Cellini, después de esculpir su prodigioso Cristo del Escorial y de poner en pie, con toda la fiera arrogancia de un semidiós, la figura de Perseo, dedicaba su genio, su incomparable habilidad artística, á fabricar ánforas, platos, vasos, rodajas, objetos de modesto destino, y que él convirtió en joyas que envidian los mayores monarcas de la tierra. Cuando se penetra en una de las grandes basílicas de Italia ó de España, y al abarcar su conjunto, se advierte que todo en él es armónico, y que la inspiración ha marcado sus hue-

llas en la traza y disposición del edificio, en el atrevimiento de los arcos y la audacia de la cúpula; en los cuadros que adornan los muros, en las estatuas de los nichos y hornacinas, en los retablos y bajos relieves de los altares, y hasta en las esbeltas rejas de hierro que cierran las capillas, se siente honda y plácida emoción, que en nada se parece á la simple estupefacción que producen los edificios de treinta pisos que, apoyados en su metálica armazón, se levantan como queriendo escalar el cielo, en las avenidas de Nueva York y de Chicago.

Juan de Arfe, el célebre orífice que dejó tantas obras maestras en las catedrales españolas, recuerda con orgullo que su padre fue el primero que introdujo en España "la arquitectura romana," para las cosas de plata; y hace el recuento de las obras que fabricó, como pudiera hacerlo un escultor de sus estatuas. Quizá algún día uno de los discípulos de esta Escuela, pueda reclamar para sí el honor de haber sido el primer colombiano que aplicó el gusto clásico de Italia á trabajos en que antes sólo se buscaba la utilidad sin dar importancia al elemento estético.

La fiesta de este día está dedicada á celebrar al Superior vivo y á rendir homenaje al Fundador, que pertenece ya al mundo de los elegidos; pero cuyo espíritu persiste y se manifiesta en su obra, con eficacia vigorosa y actual. Este es día de regocijo y de esperanzas: de regocijo para todos los que aquí viven, ceñidos al cumplimiento del deber, y haciendo de la existencia una fecunda y ordenada disciplina, útil para los demás hombres y meritoria á los ojos de Dios; y de esperanzas para los que apreciando la obra salesiana, confiamos en que la amable sombra de Don Bosco, continuará velando, no sólo sobre sus hijos, sino sobre esta sociedad abatida y enferma, que necesita una sonrisa de lo alto, una unción de óleo divino, para no desesperar al revolverse estérilmente en el lecho del dolor; para que su corazón no se petrifique y se haga insensible á los estímulos de la caridad y del amor; antes bien

palpite y vierta sangre si es preciso, dando con esa sangre testimonio de que aún conserva la energía vital, y de que aún es tiempo de que sobre ella descienda la palabra de redención.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Bogotá, Junio 23 de 1906.

A LA TORRE DEL CLAUSTRO

Al Sr. D. Antonio Gómez Restrepo

Mientras absorto en su destino, y serio,
El Claustro vela entre la noche amiga
Con placidez de viejo monasterio,
¡Déjame leer el íntimo misterio
Que avaro há siglos tu mutismo abriga!

Es hora de quietud y poesía
En que tu sueño augusto no conturba
Ni la grito infantil clara y riente,
Ni el eco sordo que la humana turba
Alza en la arena de la vida, ardiente;
Sólo la esfera azul canta sublime
El poema de luces siderales,
Y arrullada en su mística armonía,
Duerme en paz la mansión de los mortales.

Hace siglos, batida por el viento,
Cascada por los años, y desnuda,
Reliquia de otra edad, demoras muda,
Embebida en tu propio pensamiento
Pero llega la tarde que desata
Sus celajes de lánguidas cortinas
Por el cielo de nácar y de plata,
Entonces rompes tu soñar de momia,
Se estremecen tus ruinas,
Aura de vida anima tus escombros;